

VIAJE AL CENTRO DE MIS MUJERES

Alicia Domínguez



Editorial Círculo Rojo
www.editorialcircularojo.com



Índice

Prólogo.....	13
El amor tiene forma de mariposa.....	17
Les arrebatamos la esperanza.....	19
Ecos lejanos de un pasado color sepia.....	27
Quiero irme a Lisboa contigo.....	39
La tumba negra de Monsaraz.....	49
Nos ossos que aquí estamos pelos vossos esperamos.....	61
Y la diosa de mis días se convirtió en una extraña.....	73
Lisboa es mi mejor ansiolítico.....	83
¿Sigues pensando ser madre?.....	89
Un encuentro inesperado.....	99
La primavera llegará, pero después del invierno.....	109
Siempre he odiado los trenes.....	119
Y solo se me ocurre amarte.....	127
No quiero ser así.....	139
Malditos juegos del hambre.....	155
Un mensaje para Pessoa.....	165
Un lugar con mar para recibir el Año Nuevo.....	181
El chamán del pueblo.....	193
Quiero besarte.....	201
Yo solo pasaba por aquí.....	215
La puesta de sol más bonita del mundo.....	229
No hay nada escrito.....	241
Y la Menuíta entró en nuestras vidas.....	251
Un lugar donde se calma el dolor.....	269
Volver a la vida de siempre.....	281
Si me hubiera querido la mitad de lo que te quiso a ti.....	291
Y la primavera llegó voluptuosa.....	305
Quien de miedo se viste, de cagajones le hacen la mortaja.....	317
Epílogo para un sueño.....	323

«Si has intentado encajar en algún molde y no lo has conseguido, probablemente has tenido suerte. Es posible que seas una exiliada, pero has protegido tu alma... Es peor permanecer en el lugar que no nos corresponde en absoluto que andar perdidas durante algún tiempo, buscando el parentesco psíquico y espiritual que necesitamos. Jamás es un error buscar lo que una necesita. Jamás».

Clarissa Pinkola

«Nada tiene una influencia psicológica más poderosa sobre el entorno y especialmente sobre los hijos que la vida no vivida de los padres.

Solamente lo que somos en realidad tiene el poder de curar».

Carl Gustav Jung

Les arrebatamos la esperanza

Esta mañana me desperté sobresaltada. Una frase de Séneca, leída en Facebook la noche anterior: «Existe el destino, la fatalidad y el azar; lo imprevisible y, por otro lado, lo que ya está determinado», me rondaba la cabeza. Una sensación de apretura en la boca del estómago me hizo intuir que ese día no iba a ser uno de esos infectados de rutina que venía arrastrando últimamente. No, ese martes no sería uno de esos. Ese martes, anormalmente cálido para el mes de diciembre, algo similar a un meteorito impactaría contra mi vida, alterando para siempre la errática trayectoria en la que orbitaba desde hacía ya demasiado tiempo.

Llegué a la oficina alrededor de las siete y media. Algo inusual en mí, que nunca fichaba antes de las ocho y cuarto. Mi jefe ya estaba allí y, a juzgar por los dos vasos de plástico con restos de café que reposaban en la papelera, debía llevar un buen rato.

—¿Duermes aquí o qué? —Sonrió ásperamente, un gesto muy característico en él—. ¿Te has enterado de que han soltado a nuestro expresidente? Pronto se ha desvanecido la alegría de verle en el trullo. Como decía mi abuela: «Qué poco dura la esperanza en la casa del pobre».

—Lo escuché esta mañana en la radio. ¿Qué esperabas, que lo mantuvieran en Soto del Real hasta que se celebrase el juicio? Vamos, Lola, pareces nueva. No hay nada como tener contactos en el partido

en el poder. Y encima, el cabrón sale de la cárcel echando un pulso al juez y amenazando con llevarlo a los tribunales por prevaricación y daños irreparables contra su honor. Hay que tener poca vergüenza. Qué asco de país.

—Esto no tiene arreglo, José. Ya verás que, al final, los únicos que vamos a pagar por la quiebra del banco vamos a ser los trabajadores. Ya nos adelantó algo el director de recursos humanos en la reunión del otro día, en la que, por cierto, te puso falta. Jefe, corren malos tiempos y no conviene señalarse ahora. —Mi consejo fue recibido con un exabrupto.

—Que me echen si tienen cojones. A ver quién les facilita a los auditores toda la documentación que nos piden los que nos han prestado tantos miles de millones para que el chiringuito no se vaya a tomar por culo.

Su teléfono comenzó a sonar. Al ver que era Alejandro, nuestro director de división, un pijo integral que se había ganado a pulso la fama de trepa y déspota, me hizo un gesto de disculpa y descolgó el auricular. Aproveché la interrupción para ojear la prensa. Leí los titulares de las noticias nacionales y, como siempre, pasé de largo las páginas de sucesos. Nunca las leía. Me aburrían muchísimo las noticias de vandalismo, hurtos y peleas varias que llenaban esta sección. Pero algo me hizo volver a la página anterior. Ojeé de arriba abajo los titulares y allí estaba. Era una noticia corta, apenas veinte líneas, que se clavó en mis ojos como un punzón. La leí susurrando, a trompicones y casi sin aliento: *Un desabuciado se mata desesperado por las deudas. Samuel Gomáriz se quitó la vida tras recibir la orden de desabucio de su vivienda. El hombre de 34 años, casado y con una hija de 8 años, fue encontrado muerto sobre un charco de sangre en medio de la calle de un barrio de clase trabajadora. Gomáriz, obrero en paro, había llevado a la niña al colegio y, al regresar a casa, aprovechando que su esposa, también sin trabajo, había salido, se arrojó al vacío desde la cuarta planta del inmueble donde residía. Algunos vecinos afirmaban que llevaba en la mano la carta comunicando el desabucio.*

La vista se me nubló. La bilis me subió a la garganta y comencé a dar arcadas. Incapaz de controlarlas, salí corriendo del despacho. Alcancé la puerta del servicio in extremis. Entré y me arrodillé violentamente junto al váter. Mis rótulas sonaron metálicas en su impacto contra el suelo. Agarrada a la taza del inodoro, arrojé cuanto tenía en el estómago, que no era mucho porque llevaba ya varios días comiendo lo justo para sobrevivir.

En un segundo saltaron sobre mí todas las sombras que, desde hacía meses, me acechaban detrás de la puerta. Una puerta que mantenía trancada para evitar que su incómoda presencia me impidiera desempeñar mi labor profesional. Comencé a llorar violentamente. Lloraba por Samuel. Lloraba por Ernesto. Lloraba por mi falta de coraje para arrojar a la impostora que me habitaba desde hacía años y que, sin el concurso de mi voluntad, había conducido mi vida hasta ese momento en el que todo estalló.

Cuando el vómito cesó, me senté en el suelo y apoyé la espalda contra la pared. Fijé mi mirada en los rectángulos esmerilados de la ventana, a través de los que se filtraba la tenue luz de la mañana, una luz que, de repente, se había extinguido. La frialdad de los azulejos me proporcionó cierto bienestar. Me sentía exhausta, como si me hubieran dado una paliza. Solo quería morirme. Permanecí un rato en silencio y con los ojos cerrados. Unos golpes en la puerta, seguidos de los gritos de mi jefe, me sobresaltaron.

—Lola, ¿estás bien? ¿Necesitas ayuda? Abre. Déjame entrar.

—Estoy bien —mentí—. Dame un momento, por favor.

Me incorporé y tiré de la cisterna con la esperanza de que el agua arrastrara el vómito y lo que lo había provocado. Coloqué mis manos bajo el grifo y me las restregué con fuerza. El olor a podrido continuaba inalterable en mi piel. Me miré al espejo. El rímel se había corrido por mis mejillas, confiriendo a mi rostro un aire fantasmagórico. Me limpié con un trozo de papel higiénico y salí del baño. Fuera me esperaba José María con la cara desencajada. Al percatarse de mi temblor, se apresuró a quitarse la chaqueta y echármela por los hombros,

mientras me conducía a su despacho. Un par de compañeros, alertados por el alboroto, se acercaron, interesándose por lo sucedido. Mi jefe, haciendo gala de su peor humor, los echó sin contemplaciones. Ya en el despacho, me desplomé sobre el sofá.

—Somos unos hijos de puta. Somos insaciables —gritaba conmocionada, mientras golpeaba con fuerza el reposabrazos del sofá—. Ese hombre tenía una hija y se ha tirado por la ventana. Lo he empujado yo al vacío, José. Yo firmé ese expediente, yo, yo —repetía una y otra vez.

—No digas tonterías, Lola. Cálmate, estás fuera de ti. Tú no eres responsable de su muerte, no lo eres, y yo, tampoco. Quítate esa idea absurda de la cabeza. Los responsables son los que nos han llevado a esta situación. ¿Qué podemos hacer nosotros? Dime, ¿qué? —Se inclinó hacia adelante hasta casi rozar mi cara. Su voz retumbaba en mis oídos como un trueno en medio de un descampado—. Solo hacemos nuestro trabajo. Nada más. Si a todos los morosos les permitiéramos seguir en sus casas, este país se iría a pique.

—Es preferible que se vayan a pique ellos, ¿verdad?

—Nosotros no hacemos las leyes. Nos limitamos a hacerlas cumplir. Alguien tiene que hacerlo. Hacemos lo que podemos. Solo eso... lo que podemos.

—Les arrebatamos la esperanza, los embargamos para toda la vida. Dejamos a sus hijos en la calle a merced de la caridad, los matamos en vida hasta que deciden matarse del todo...

—Joder, ¡ya vale! No me seas trágica —me cortó en seco con esa autoridad marcial que utilizaba cuando quería dar por zanjado un tema sin dar la oportunidad de replicar—. Nadie le obligó a hipotecarse. Nadie, ¿me oyes? ¿Y ahora somos nosotros los malvados por quitarles unas casas que no pagan? ¡Venga ya! Ni tú ni yo, a pesar de ganar un buen sueldo, nos hemos dejado arrastrar por la alegría consumista en la que se ha vivido durante las últimas décadas. En este puto país, todos, desde el albañil al ministro, han vivido por encima de sus posibilidades, pero nadie se preguntaba qué pasaría cuando

este espejismo se acabara. Seguíamos haciendo girar la rueda hasta que se le ha saltado el eje, y ahora viene el desastre. Samuel y otros miles como él no se plantearon nada cuando ganaban tres mil euros mensuales poniendo ladrillos. Se los gastaban tal como lo ganaban. Se compraban todoterrenos, pisos grandes, muebles ostentosos, pantallas de plasma... Viajaban a Eurodisney como si fueran a las Canteras de Puerto Real. No somos culpables de su muerte. No lo somos. ¡Coño, escúchame! —gritó, agarrándome de las muñecas para impedir que continuase tapándome los oídos.

—No todos se embarcaron en historias insostenibles. La mayoría solo aspiraba a tener una casa acorde con sus posibilidades. Y las pagaban religiosamente mientras tuvieron trabajo. Esos también se han quedado en la calle. No, no se han quedado en la calle —rectifiqué con la voz ya ronca. Un hilillo de saliva caía por la comisura de los labios—, los hemos arrojado a ella. Familias con hijos, pobres ancianos que, de la noche a la mañana, tienen que abandonar sus casas, aunque después éstas permanezcan vacías durante años. Estoy asqueada de todo esto, José; no puedo más, no puedo más.

—Por favor, cálmate. Vete a casa, tómate un tranquilizante y échate a dormir. Mañana lo verás todo distinto, estoy seguro. Llamo a Ernesto para que te venga a recoger.

—No, no lo llames, por favor —le supliqué—. Me voy sola.

—Tú no estás en condiciones de conducir. Voy a llamar a Ernesto, quieras o no —me advirtió, mientras cogía el teléfono y comenzaba a teclear su número.

—No lo hagas —le quité el móvil de las manos—. Él y yo... ya no estamos juntos.

—Joder, mi niña. Ya te notaba yo muy rara estos días. Ahora entiendo por qué has estallado de este modo. Era eso lo que te pesaba.

—Eso también me pesaba —maticé—. No minimices lo de Samuel.

—¿Cuánto hace que lo habéis dejado?

—Unas tres semanas. No, hace ya casi un mes. Fue más o menos a principios de noviembre —traté de datar el naufragio con exactitud.

—Coge tu abrigo, que te llevo a casa —me ordenó—, y así me lo cuentas por el camino.

Recostada en el asiento delantero del coche, algo más calmada, lloraba bajito. Mientras tanto, José María trataba de sonsacarme la razón de la ruptura.

—¿Ha añadido alguna cosa más a la lista de estupideces relacionadas con Pili?

—No, lo de siempre, más de lo mismo —dije entre hipidos, y no le mentí porque el último incidente que provocó la pelea que puso fin a nuestra relación solo nos competía a los dos.

—Ese chico es que no termina de enterarse del pedazo de mujer que tiene a su lado. Yo creo que tiene el síndrome de Estocolmo con su ex, pero ya verás como todo se arregla —insistía en consolarme, mientras buscaba una caja de *Kleenex* en la guantera del coche—. Ya lo conoces, es una persona excelente, pero la culpa le pesa como una losa. Te lo dije el primer día que me hablaste de lo vuestro. Te dije que ibas a sufrir, que no estaba seguro de que pudiera soportar la presión de Pilar y, sobre todo, la de su hija. No sé qué habrá hecho ahora, pero, sea lo que sea, sabes que te quiere.

—Preferiría que me quisiera menos y disfrutara más de nuestra relación.

—De veras que lo siento, hija. Es una putada y, como no tenías bastante, va y al hijo de puta ese le da por suicidarse. —Arrancó bruscamente en cuanto el semáforo se puso en verde.

—No hables así —le recliné—. Eres un monstruo, José, no te conozco. ¿No sientes compasión por ese pobre hombre? Si a mí me hubieran dejado en la calle, te aseguro que antes de matarme, me llevo por delante a unos cuantos.

—Vale, lo siento, perdóname. Yo también estoy nervioso. Esta noticia es una tragedia, tienes razón —sus disculpas sonaban since-

ras—. Pero, por favor, no sigas torturándote de ese modo. Yo entiendo que el incidente te haya afectado. Te conozco bien, sé lo mucho que te implicas con los clientes, pero, aun siendo muy duro lo que le ha pasado a ese hombre, no hay justificación para quitarse la vida. No podemos responsabilizarnos de los desequilibrios mentales de la gente. Miles de personas pierden sus casas cada día y, a pesar de ello, siguen echándole huevos a la existencia. Ahora vas a hacer una cosa —me dijo apretando mi mano—, te vas a la mutua, le pides la baja y te quedas tranquila en casa unos días —negué con la cabeza. Se apresuró a buscar una alternativa—. Bueno, pues si no quieres pedir la baja, te coges los días de vacaciones que te quedan y te vas con tu familia a pasar la Navidad. Y si después sigues jodida, entonces te pides la baja o solicitas días del año próximo, pero ni se te ocurra venir hasta después de Reyes a trabajar. ¿Me has oído? —Asentí con la cabeza—. ¿Tienes alguien que se quede contigo?

—Sí, no te preocupes, llamaré a una amiga —mentí porque, en realidad, no tenía intención de llamar a nadie. Desde que era una niña, he preferido rumiar las penas a solas.

José me dejó en el portal. Subí las escaleras dando traspies, abrí la puerta temblando y arrojé el bolso en el recibidor. La existencia se desplomó sobre mí. Los rayos de sol, que entraba por el balcón del salón, se clavaron en mis ojos. Bajé las persianas y me tiré en el sofá. En la oscuridad, me sentí tan patética como una muñeca de trapo a la que se le hubiera salido el relleno por la barriga. Solo me apetecía hundirme en la cama, echarme a dormir y despertar mucho tiempo después, el suficiente para poder pronunciar los nombres de Ernesto y Samuel sin sentir que el corazón se me deshacía a cachitos.